

## CRISIS DE CENTRALIDAD DE «OCCIDENTE», «DESDEMOCRATIZACIÓN» Y POLÍTICA EMANCIPATORIA

Jaime Pastor<sup>1</sup>

El conjunto de trabajos que nos presenta Fernando Quesada en *Sendas de democracia. Entre la violencia y la globalización* ofrece una serie de reflexiones y propuestas que contribuyen a estimular el debate sobre la democracia en la época actual. Como el autor mismo indica en el prólogo, el propósito que le guía es proponer «elementos para un nuevo imaginario político-democrático» a partir de la comprobación de que «la mixtura del liberalismo con el capitalismo, que pretende erigirse en una nueva civilización, marca los límites internos del primero como filosofía política». Así, tras el primer imaginario político —el que tiene su referente original en la Grecia clásica— y el segundo —el procedente de la Modernidad—, el desafío que tendríamos por delante sería reconstruir un nuevo imaginario que necesariamente debería ser «postliberal».

Para ese proyecto viene bien su recuperación de un trabajo poco conocido de Raymond Aron en el que éste recordaba la centralidad del debate sobre la propiedad y el mercado para justificar la necesidad de seguir reconociendo la existencia de diferentes ideologías, aun después de que, aprovechando la caída del muro de Berlín y el presunto triunfo del capitalismo neoliberal, el nuevo «sentido común» dominante las hubiera querido dar por finiquitadas. Quesada parte de aquella reflexión para resaltar —y denunciar— la nueva «Gran Transformación» que estamos viviendo mediante el proceso de «barbarización» del capitalismo real en el marco de la tendencia a la globalización de la ideología neoliberal, así como de la creciente influencia del dis-

curso huntingtoniano sobre el «choque de civilizaciones».

No me es difícil coincidir tanto con ese diagnóstico como con muchas de las críticas que hace al capitalismo neoliberal, al fundamentalismo estadounidense post-11S (y a los intelectuales firmantes de la «Carta de América»), a la economía, la sociedad y la democracia de mercado, o a la persistencia del patriarcado. Quizás las materias más discutibles, al menos en lo que a mí concierne, aparecen cuando se aborda el espinoso tema de la multiculturalidad y la interculturalidad, la concreción del contenido de ese imaginario político-democrático o la cuestión de los agentes sociales del cambio de paradigma necesario.

### Una «civilización de choque»

No obstante, me parece importante reforzar más aún las críticas que en gran parte de estos trabajos hace a la obra *El choque de civilizaciones* y, en particular, a las figuras que desde la misma se construyen del musulmán, el hispano y el negro o afroamericano. Desde que esta obra se escribió, el propio Huntington ha ido incluyendo nuevas figuras como la del trabajador/a inmigrante no occidental residente en cualquier lugar del «Norte» y, a otro nivel, el «nacionalismo chino», contribuyendo así a ampliar el espectro de «amenazas» y «enemigos» de «Occidente» y reconociendo de paso que se hace ya imposible delimitar las fronteras espaciales frente a los «no occidentales». Junto al desvelamiento de los principales puntos débiles de ese esfuerzo descriptivo y prescriptivo, no viene mal el recordatorio que hace Quesada de la gran

excepción que se establece a la hora de pretender justificar esa tendencia al «choque cultural»: «la que tiene que ver, curiosamente, sólo con relaciones “en el ámbito económico” siempre que acepten el tipo de llamada “cultura común”, que traduce la concepción de la economía capitalista de mercado impuesta por Occidente» (p. 113).

Considero que la argumentación de Quesada debería ir más lejos, ya que para criticar lo que se expresa detrás de esa relación deberíamos ahondar más en las raíces de una Modernidad capitalista que ha estado muy unida a una visión eurocéntrica y occidental del mundo: ésta ocultaba su «lado oscuro», hoy abiertamente visible no sólo por las reinterpretaciones de la historia que se están dando desde fuera de «Occidente» sino también por las revisiones que del pasado se están haciendo desde dentro de «Occidente» a través de las críticas tanto al «orientalismo» como a la «colonialidad del poder» (y que, indirectamente, recuerda Quesada con su referencia a Fanon) que acompañaron a esa Modernidad. Porque si bien es cierto que esas miradas alternativas tienen sus precedentes en anteriores investigadores y pensadores, es ahora cuando se ofrece tal acumulación de pruebas —y de memorias personales y colectivas que las acompañan— que difícilmente se puede mantener la vigencia de la visión convencional de la historia que se nos ha transmitido desde la gran mayoría de instituciones académicas y universitarias.

No aludo con ello sólo a ese «pensamiento político de-colonial» (Quijano, Dussel, Mignolo, Grosfoguel) que encuentra ahora una audiencia notable en América Latina y en la comunidad «hispana» estadounidense y que cuestiona, además, la línea dominante hasta ahora en muchos de los estudios post-coloniales y «subalternos». Me refiero también a contribuciones europeas relevantes y recientes, ya sea desde la sociología histórica (como *The Eastern Origins of Western*

*Civilisation*, de John M. Hobson) o desde la antropología (como *The Theft of History*, de Jack Goody) que vienen a recordarnos, entre otras cosas, que ni la democracia nació en Grecia ni el mundo asiático estaba «atrásado» respecto a «Occidente» antes de finales del siglo XVIII. Porque, más allá de las discrepancias y matizaciones —y riesgos de torcer el bastón demasiado al otro lado— que cabe hacer respecto a algunas de esas aportaciones, es evidente que la visión eurocéntrica de la historia y del mundo contemporáneo está perdiendo credibilidad a pasos acelerados en una época como la actual en la que «Occidente» es identificado desde fuera como «la última justificación perversa del orden mundial existente»<sup>2</sup> y, a la vez, corre el riesgo de ver desplazado el epicentro de la geoeconomía-mundo hacia el Este asiático. El discurso de Huntington es, en cierto modo, una forma de resistencia a esa pérdida de centralidad de «Occidente frente al resto», contribuyendo así a generar una nueva «guerra fría», alimentada por un choque de memorias históricas que deriva en determinadas zonas en «guerras calientes» (como en Oriente Medio) en las que el factor religioso o cultural aparecería como una verdadera «ideología» cuya función sería ocultar los reales conflictos de intereses económicos, sociales y geopolíticos en juego.

Por eso mismo habría sido deseable que el autor hubiera desarrollado más su «idea de nuevas modernidades», entendidas como «posibilidades distintas de conformar los ideales de emancipación frente a las formas desarrolladas por la civilización occidental (que) está cobrando significados muy dispares y guarda relación, comúnmente, con el rechazo de la pretensión de universalidad que contienen las categorías políticas de nuestra modernidad» (p. 241). Ahí es donde me parece que contribuciones «fronterizas» a la búsqueda de un cambio de paradigma mediante la construcción de una nueva praxis cognitiva y democratizadora —basada en la

«traducción intercultural»— como las que investigadores-activistas —por ejemplo, Boaventura de Sousa Santos—<sup>3</sup> se esfuerzan por recoger deberían ser tenidas en cuenta; al igual que otras precedentes, por ejemplo, del «feminismo de las mujeres de color», reflejadas en trabajos como el que María Lugones publicó en un número anterior de esta misma revista.<sup>4</sup> En realidad, entre ellas y la propuesta que hace Quesada de «un mestizaje crítico con las propias diferencias» o de desarrollar la «capacidad de interpelación intercultural» (p. 152) habría sido interesante ver los puntos de encuentro, aun reconociendo que a la hora de abordar conflictos y casos concretos no es fácil encontrar fórmulas para «despolarizar las diferencias», al menos entre los y las de abajo, sobre todo cuando algunos de los actores y actrices en presencia tienden a polarizarse en posiciones extremas.

### **La victoria pírrica de la democracia liberal**

Pero precisamente porque la cuestión de la propiedad y del mercado sigue estando en el centro del problema de la democracia y de su relación con las desigualdades sociales, la crisis ecológica, las desigualdades de género o la «geografía de la furia»<sup>5</sup> que vivimos, un nuevo imaginario político-democrático tendría que asumir también, como el autor reconoce citando a Raynal, que «no puede haber civilización sin justicia», entendiendo ésta en sus distintas dimensiones, como también propone Nancy Fraser (cuyas aportaciones, mencionadas favorablemente en el libro, me parecen también relevantes, ya que han ayudado a superar falsas polarizaciones defendidas desde otras posiciones). Habría sido deseable que todo esto hubiera sido más desarrollado por el autor porque una de las grandes debilidades de la mayoría de las teorías de la democracia, sobre todo cuando son elaboradas desde la ciencia política, es la tendencia a disociar la

idea de democracia como procedimiento de su concepción sustantiva y, sobre todo, de su relación con esas diversas «esferas de injusticia», ligadas a la economía, a la ecología, a las relaciones de género, a la diversidad nacional y cultural o a la necesidad de tener en cuenta a los sujetos «sin voz», es decir, a una comunidad moral que debería incluir al conjunto de la biodiversidad planetaria y a las futuras generaciones.

Por eso me parece oportuna la referencia que hace Fernando Quesada en distintos capítulos al debate entre Norberto Bobbio y Perry Anderson a raíz del archiconocido artículo del primero sobre «las promesas incumplidas de la democracia». Porque, en efecto, la preocupación del viejo filósofo ya fallecido sobre el futuro de la democracia tras la caída del muro de Berlín se está viendo dramáticamente confirmada por la realidad actual. La paradoja de que la democracia liberal se haya extendido a un número creciente de países pero, al mismo tiempo, vaya perdiendo cada vez más su sustancia en beneficio de un mero procedimiento electoral de unos representantes sometidos a la constricción sistémica de poderes soberanos supraestatales y resignados a gestionar lo que se presenta como la única política posible, salta a la vista hoy. Porque, como muy bien observa Quesada, «una vez reprimidas las expectativas a las que respondían las actuaciones de gobierno para una corrección del mercado, se extiende la neutralización de la política, y tanto los partidos como los gobiernos se constituyen en supuestos agentes de una mera actuación administrativa» (p. 91). No es por eso casual que el diagnóstico de que estamos asistiendo a un verdadero proceso de «desdemocratización» (como el mismo autor define apoyándose en Schmitter), acelerada tras el 11-S de 2001, sea algo ya compartido desde distintos ámbitos.<sup>6</sup> Esto es lo que se analiza con lucidez en el capítulo 4 de esta obra introduciendo además una crítica

a las nuevas teorizaciones de la «guerra global contra el terror» en cuanto que pretenden justificar la tendencia actual hacia un «estado de excepción» global.

De todo ello se desprende que ha sido precisamente la «contrarrevolución» neoliberal supraestatal la que ha ido sentando las bases de la crisis no sólo del Estado social sino también de su carácter democrático y de Derecho: el «modelo» que tiende a sustituirle es, más bien, el de un Estado competitivo de mercado, postdemocrático y penal, cada vez más reticente además a superar una idea de la ciudadanía asociada a la nacionalidad oficial del Estado. Con mayor razón, por tanto, frente al nuevo «constitucionalismo material» que se ha ido estableciendo en los últimos decenios (recordemos que el primer director general de la OMC, Mike Moore, celebró su mandato afirmando que «estamos en proceso de escribir la constitución de una economía mundial unificada»), las alternativas al mismo no deberían separar la resolución igualitaria de la cuestión de la propiedad y del mercado, por un lado, de la de la democracia y el garantismo jurídico en todas sus dimensiones, por otro. Por eso, entrando en el plano propositivo, me parece insuficiente la referencia que hace Fernando Quesada a la democracia participativa y deliberativa local en su último capítulo. Siendo éste un ámbito necesario, conviene recordar también que el hecho de que sus aplicaciones —salvo en el caso parcial de Porto Alegre y otras pocas ciudades de Brasil— se reduzcan al plano estrictamente procedimental y a determinadas áreas —generalmente no estratégicas— las hace reversibles al dejar intocable su contexto, es decir, el de los grandes problemas generados tanto en las «ciudades globales» como, sobre todo, en las «ciudades miseria» (coexistiendo unas y otras en las mismas áreas metropolitanas en crecimiento constante, como ha constatado el Informe Habitat de la ONU

de 2003 y ha ilustrado críticamente Mike Davis en diversos trabajos), relacionados todos ellos con las consecuencias de la urbanización acelerada del mundo en el marco de la globalización neoliberal. Es en esto en donde el esfuerzo por mirar y pensar con «gafas globales» los problemas locales constituye una tarea necesaria si se quiere llegar a alcanzar una «justicia democrática» pluridimensional. Un horizonte que, desde mi punto de vista, se inserta en una orientación radicalmente opuesta al discurso oficial del «empoderamiento de la sociedad civil» y de la «gobernanza global», promovido por las mismas instituciones y organizaciones financieras y comerciales internacionales responsables de la nueva fase de acumulación de capital mediante la desposesión de bienes comunes que sufren los pueblos del «Sur» y, cada vez más, los del «Norte».

En relación con todo esto, la experiencia del frustrado proceso constituyente europeo, emprendido «desde arriba» para luego ser frenado en seco ante el rechazo popular del proyecto inicial en dos países clave de la Unión Europea, es suficientemente esclarecedora: en lugar de reabrir un proceso de democracia participativa a escala de la UE, las élites gobernantes han optado por mantener el contenido del mismo proyecto evitando definirlo como Constitución para así no tener que verse sometidas a la opinión del conjunto de la ciudadanía europea. Por eso, a la hora de buscar otros caminos por los que se podría ir esbozando ese nuevo imaginario político-democrático sería mejor mirar hacia otros «laboratorios» a escala local, estatal y macrorregional que no por «periféricos» están revelándose capaces de impugnar el paradigma neoliberal y eurocéntrico; ése es el caso de los nuevos debates constituyentes latinoamericanos que en países como Bolivia, pese a la oposición racista y clasista de las élites locales y los poderes económicos transnacionales, amplían, revisan

y renuevan, aun con todas sus contradicciones, mucho de lo que hasta ahora se ha considerado modélico desde el «Norte».

### **La cuestión social, la democracia y la crisis del sujeto emancipatorio**

El problema central sigue estando en las bases sobre las cuales se puede ir construyendo alternativas a «la quiebra de parte de los elementos estructurales de la civilización capitalista» (p. 233) que evite caer, según Quesada, en opciones como las de la alteridad radical (simbolizada en Jomeini), la «inversión» (en Saddam Hussein) o las «pateras». Ahí es donde es más difícil encontrar respuestas a la altura del desafío planteado y donde aparecen algunas cuestiones especialmente controvertidas. Porque no necesariamente de la crisis de la clase obrera tradicional se desprende la crisis de centralidad del trabajo y de la cuestión social y, por tanto, a pesar de las mayores dificultades, la imposibilidad de ir reconstruyendo un nuevo «sujeto emancipatorio» (o un bloque social, político y cultural contrahegemónico) en el futuro.

En momentos como los que vivimos —cuando, tras el estallido de la burbuja financiera e inmobiliaria, ya pocos hablan del «efecto riqueza», mientras que el parón del «ascensor social» ya no permite soñar en la «sociedad de propietarios»—, la continuidad de la globalización neoliberal está conduciendo al retorno al primer plano de esa misma cuestión social, entendida en un sentido más amplio y transversal, precisamente porque obliga a tener en cuenta la creciente feminización y etnicización del proletariado formal e informal y exige una redefinición del concepto de trabajo, una igualación al alza en los derechos y un reparto equitativo de los distintos tiempos de vida. A todo esto se suma, además, la urgencia de formular otro «modelo» de producción, distribución y consumo a la vista de los efectos del cambio climático, del fin del petróleo barato y de la

urgencia de entrar en una transición energética «postfosilista». Esta reafirmación de la actualidad de la cuestión social no significa negar que asistimos a la crisis del viejo sujeto emancipatorio potencial, derivada no sólo de los efectos de esas mutaciones en el mundo del trabajo tan bien analizadas, entre otros, por Robert Castel o Richard Sennett, sino también de la funcionalidad que ha tenido el hundimiento del «socialismo real» para tratar de borrar del horizonte de expectativas de las mayorías sociales la existencia de alternativas, arrastrando por ese camino a la mayoría de las organizaciones sociales y políticas de izquierda. Pero las contradicciones entre la lógica del beneficio privado y la de las necesidades y las capacidades vitales de las mayorías sociales, los límites de un régimen de acumulación capitalista basado en el predominio de un capital financiero especulador alejado de la economía productiva (como Quesada recuerda mencionando los análisis de Wallerstein y que podrían ampliarse con las aportaciones sobre el «nuevo imperialismo» de David Harvey o Giovanni Arrighi, entre otros) y, sobre todo, la amenaza que su continuidad supone para la humanidad y la biosfera planetaria, siguen estando ahí y generan crisis e incluso, por desgracia, catástrofes mal llamadas «humanitarias» cada vez más frecuentes e intensas. Todo esto provoca indignación, resistencias, movimientos sociales y procesos de rupturas, al menos parcial, en distintos países y regiones, como ha ocurrido con la larga serie de revueltas que se han ido produciendo en el «Sur» (generalmente ignoradas o deformadas por los medios de comunicación del «Norte») y como, más recientemente, hemos podido ver también en el ciclo de vida más intenso del movimiento «antiglobalización» desde finales de 1999 hasta el 15-F de 2003 o, ahora, en América Latina. La posibilidad, por tanto, de reconstruir en el futuro nuevo(s) sujeto(s) emancipatorio(s) no se deriva sólo de un mero optimismo histórico sino del

potencial desestabilizador de la injusticia y de las respuestas que el mismo acarrea por parte de los y las de abajo frente a las contradicciones inherentes al actual capitalismo de shock, como lo ha definido recientemente Naomi Klein.

Esa «cara utópica de la globalización celular» (que contrasta con la desesperada del «terrorismo celular») de la que nos habla también Appadurai sí ha contribuido, al menos, a una deslegitimación ética del neoliberalismo y a establecer una conexión creciente entre muy diversas redes locales, regionales y transnacionales que al menos demuestran que es posible resistir y empezar a sentar las bases de otro mundo posible. Es desde estas redes, cuya manifestación pública más visible está en los Foros Sociales Mundiales pero que también se refleja en múltiples prácticas alternativas —y que, al menos, se transmiten abiertamente por ese espacio público virtual que es Internet—, como se están sentando las bases de una necesaria globalización contrahegemónica en cuyo marco impulsar un proceso de «redemocratización» de nuestras sociedades capaz de frenar la actual «barbarización».

Es en ese contexto global también en el que sería deseable que Fernando Quesada desarrollara las reflexiones expuestas en distintos capítulos sobre qué entendemos por «lo político» y «la política». Por ejemplo, cuando sostiene: «La política tiene su centro vertebrador en la idea y la realidad del poder, de intereses contrapuestos o dispares, de relaciones desiguales que son las que, a la postre, estructuran en forma de problema las indeterminaciones, las incertidumbres o las posibilidades de las relaciones sociales» (p. 58). La distinción entre esa «política» (que reformula, coincidiendo con Castoriadis, en otro capítulo) y «lo político», tal como define a éste último en la página 349 («lo político alude a las diversas formas que han revestido, a lo largo de la historia, el ejercicio del poder y sus instituciones sobre un grupo hu-

mano»), me parece insuficiente y habría sido bueno un mayor contraste no sólo con las tesis a las que hace referencia (como las de Michael Walzer) sino también con otras que merecen mayor interés, como las expuestas hace ya tiempo por Ernesto Laclau y Chantal Mouffe. La propuesta de éstos últimos —pensar con Schmitt, contra Schmitt, por un lado, y con Gramsci y más allá de él, por otro— de dar una nueva centralidad a categorías como «antagonismo» y «hegemonía» para una teoría de «lo político»<sup>7</sup> puede ofrecer un enfoque útil tanto para el análisis de los conflictos o de las nuevas manifestaciones del «populismo» como para el estudio de las estrategias de los actores colectivos. Más allá de otros aspectos controvertidos, su aportación ayuda a cuestionar la visión dominante hoy de la política como búsqueda del consenso... neoliberal, ya que éste no hace más que ocultar la naturaleza antagonista de determinados conflictos estructurales que atraviesan a nuestras sociedades y la necesidad y posibilidad, por tanto, de alternativas «post-liberales» y postcapitalistas.

Asimismo, en ese plano propositivo de construcción de un nuevo imaginario político-democrático, necesariamente contrahegemónico, y de una radicalización del concepto de «ciudadanía» (en la que la superación de la triple condición del/la inmigrante como sobreexplotado/a en el trabajo, excluido/a de la política y sujeto/objeto del «miedo» se está convirtiendo en el «test» de la redemocratización) habría sido también interesante que el autor opinara sobre la aportación que el «nuevo republicanismo», hoy de actualidad, podría significar, al menos desde enfoques como el que hemos discutido en esta misma revista en torno a la obra de Antoni Domènech. Pero confío en que esa y otras tareas sean abordadas en futuros trabajos que vayan enriqueciendo, como hace este libro, ese ambicioso, y tan necesario, programa de investigación en que se encuentra implicado desde hace tiempo.

## NOTAS

1. Jaime Pastor es profesor titular en el Departamento de Ciencia Política y de la Administración de la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED).

2. Ésa es la definición que Immanuel Wallerstein (*Universalismo europeo. El discurso del poder*, Siglo XXI, 2007, Madrid, p. 101) hace del «universalismo europeo» pero que considero aplicable a «Occidente» en general.

3. «Beyond Abyssal Thinking. From Global Lines to Ecologies of Knowledges». *Review*, XXX, 1, 45-89.

4. «Multiculturalismo radical y feminismos de mujeres de color», *Revista Internacional de Filosofía Política*, 25, 61-75.

5. Arjun Appadurai, *El rechazo de las minorías. Ensayo sobre la geografía de la furia*, Tusquets, 2007, Barcelona.

6. El enfoque que propone Charles Tilly (*Democracy*, Cambridge University Press, 2007) me

parece ilustrativo en este sentido, ya que a las definiciones constitucional, sustantiva y procedimental de «democracia» añade la «process-oriented» (es decir, la que tiene en cuenta el conjunto de procesos que han de estar continuamente en movimiento para calificar una situación como democrática). Su estudio, por ejemplo, sobre Francia de 1600 a 2006 le lleva a hablar de procesos de democratización y desdemocratización y de su interdependencia continua, constatando cómo la desdemocratización rápida no fue resultado de la desafección popular sino, principalmente, de la desafección de la élite.

7. Chantal Mouffe ofrece nuevas sugerencias en esa línea en «Antagonisme et hégémonie. La démocratie radicale contre le consensus néolibéral», *La Revue internationale des livres et des idées*, 3, 30-34, Paris, enero-febrero 2008.

## TRAS LA «CLAUSURA DE LA HISTORIA». LAS SENDAS DE LA DEMOCRACIA EN LA ERA GLOBAL

Bernat Riutort Serra<sup>1</sup>

Comentar el libro de Fernando Quesada *Sendas de la democracia. Entre la violencia y la globalización*<sup>2</sup> es una labor que desborda el espacio disponible en esta discusión. Aunque, si contáramos con más, probablemente haríamos análoga observación. El libro recopila artículos muy diversos que presentan una tal cantidad de tesis, críticas, análisis, valoraciones, diagnósticos, narraciones, autores, etc., mencionados críticamente y referidos a distintos temas que vuelven a aparecer y son revisados de nuevo agregando matices y críticas, que se tiene la sensación de no hacer justicia a la riqueza y maduración de los materiales puestos en juego. Por ello hemos optado por establecer un orden temático que facilita la exposición, permite presentar parte de las críti-

cas relevantes en una secuencia, así como parte de las propuestas básicas del autor.

### Los dos imaginarios políticos occidentales

Con el albor de la democracia griega emerge el *logos*, una forma secular de argumentar con la que se pretende dar cuenta por medio de *razones* del mundo humano y natural. La forma filosófica de hablar configura *sentido* en la nueva *institución* griega, la *polis* democrática. En ésta, el poder, lo es del *demos* formado por los ciudadanos. Dicho acontecer sitúa a la *isonomía*, la igualdad entre ciudadanos, como clave de bóveda *instituyente* de la política. En la filosofía griega laten las razones y orientaciones morales y políticas de la vida de los ciudadanos. Filosofía y política democrática-